

— ¿Han visto ustedes unas caras paradas, unos ojos mudos, unos corbatines siempre iguales, un vestido regular y uniforme, unos cuerpos, ni elegantes ni mal vestidos, unos brazos que se balancean monótonos, siempre con la regularidad y compas de las aspas de un molino? ¿Saben ustedes que los hombres de esas señas hablen nunca nada que pueda ser referido, escriban nada que deba ser leído, hagan una acción digna de ser imitada? No; esos son oficinistas ó propietarios. Se levantan, fuman, dicen palabras, dan pasos, saludan, entran, salen, se rien (estos nunca lloran), son hombres entre otros hombres. En una palabra, duermen despiertos.

— ¿Cómo hace aquel original para llevar hace diez años el mismo frac, abrochado siempre del mismo modo: los mismos guantes: el mismo pañuelo blanco al cuello con el mismo lazo: el mismo pantalón: la misma postura de sombrero... ¿No se desnuda ese hombre? ¿No envejece? Ese es el judío errante.

— ¿De qué habla don Cosme? Lo diré: don Cosme viene de la calle de la Paz: allí acude todos los días á las ocho de la mañana: alargando una mano á la banasta de los periódicos: es un parroquiano á la lectura de papeles á cuarto. Hoy la Revista, mañana el Boletín... Gran noticioso. Ese sabe siempre á punto fijo, de muy buena tinta, los pormenores de la última batalla: sabe si don Miguel está en Coimbra, en Lisboa, ó en Badajoz: entiende muy bien la marcha de Nicolás, que así llama él con franqueza al autócrata ruso. Suele sucederle luego que los que él supuso entrar vencedores en un punto, entraron en él prisioneros: pero todo es entrar. Estos hombres hablan siempre al oído; contraen la costumbre de suponerse espías por las grandes cosas que creen decir: de resultas si le encuentran á usted, le dirán al oído muy secretamente: — Buenos días: beso á usted la mano.

— ¿Hay nada más torpe que estos hombres amigos de usted que le ven parado en una calle, y no conocen que cuando está usted parado es que no quiere andar, que cuando está callado es que no quiere hablar?

— ¡Dios me libre de un hombre amable! No iré á su casa, porque me convidará. No le encontraré en la calle, porque vendrá á mí con los brazos abiertos, aunque me haya visto ayer; se enganchará de mí, me preguntará de mi salud, de mis hijos, de mis comedias, de mis artículos, de mis... Pero libreme, aunque sea el diablo, de una muger amable; nunca sabré si me quiere ó si me estima, si es bien criada ó tierna, si... ¡Válgame Dios! y libreme, aunque sea el diablo, de una muger amable: esa me volvería loco.

— Oigan ustedes á don Lucas Mentirola. Ese viene siempre de donde sucede algo. ¿Ha habido fuego? Vengo de allí: hace estragos horribles. — ¿Ha llegado el tenor nuevo? — Sí, responde, le acabo de dar un abrazo: viene gordo, y su voz es un portento: le hice entrar en un portal y cantar un rato... por mí lo hizo.

Es gran muchachón, rubio, alto, ¡extranjero! — Al otro día se sabe que el tenor no ha llegado, y si ha llegado es chiquito, negro, bizco... — ¿Está malo algún sugeto marcado? — Hoy está mejor, dice: se ha reído mucho conmigo: una hora he estado con él. — Luego se averigua que el que tanto se ha reído estaba ya enterrado. — ¿Quién es aquel botarate? — ¿Aquel? un monstruo: aquel se prevale de la bondad, del candor de la casa donde le reciben: hay una muger hermosa: nada la dice: sin embargo afecta ir á la casa á horas de franqueza: la acompaña al Prado: en baile ó sarao donde está ella está él, siempre al lado de la hermosa, siempre baila con ella: cuando ella no le ve, finge mirarla con celos de algún otro; afecta disimulo, que en realidad no puede existir, pues nada hay que disimular. ¿Se retiran? siempre da el brazo á la hermosa. Ella en tanto, á quien nada dice, que nada nota en él de galanteo, está bien lejos de creer que el público malicioso no habla de otra cosa sino de sus amores con fulanito. Fulanito tiene amor propio, no amor. Se contenta con que las gentes crean que es feliz; para él no hay otro modo de serlo. ¡Qué horrible carácter! ¡Qué triste buena fé la de su víctima que no lo conoce!

III.

NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO, O LOS VIAJEROS EN VITORIA.

(Revista española, número 106, 18 de octubre de 1833.)

¿Porqué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo? En Francia eran antiguamente los suizos los que se encargaban de esta comision: en España parece que la toman sobre sí algunos vizcainos. Y efectivamente, si nadie ha de pasar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaino? El hecho es, que desde Paris á Madrid no habia antes mas inconveniente que vencer que trecientas sesenta y cinco leguas, las landas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero hete aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdona) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que están en la mitad del camino de Paris á Madrid, como si dijéramos estorbando, y hete que esclaman: — Pues qué, ¿no hay mas que venir y pasar? *Nadie pase sin hablar al portero.* De entonces acá, cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia: todo el que viene entra; pero hácia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerzas es romperle para pasar.

Pero no ocupemos á nuestros lectores con inútiles digresiones. Amaneció en Vitoria y en Alava uno de los primeros días del cor-

riente, y amanecía poco mas ó menos como en los demas países del mundo; es decir, que se empezaba á ver claro, digámoslo así, por aquellas provincias, cuando una nubecilla de ligero polvo anunció en la carrera de Francia la precipitada carrera de algun carruage de la vecina nacion. Dos importantes viajeros, francés el uno, español el otro, envuelto éste en su capa, y aquel en su capote, venian dentro. El primero hacia castillos en España, el segundo lo hacia en el aire, porque venian echando cuentas acerca del dia y hora en que llegar debian á la villa de Madrid, leal y coronada (sea dicho con permiso del padre Vaca). Llegó el veloz carruage á las puertas de Vitoria, y una voz estentórea, de estas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la orden de detener á los ilusos viajeros. — ¡Ola! ¡eh! dijo la voz, nadie pase. — ¡Nadie pase! repitió el español. — ¿*Son ladrones?* dijo el francés. — No, señor, repuso el español asomándose; *son de la aduana*. Pero ¿cuál fué su admiracion cuando sacando la cabeza del empolvado carruage, echó la vista sobre un corpulento religioso, que era el que toda aquella bulla metía? Dudoso todavía el viajero, estendia la vista por el horizonte por ver si descubria alguno del resguardo; pero solo vió otro padre al lado y otro mas allá, y ciento mas, repartidos aqui y alli como los árboles en un paseo. — ¡Santo Dios! exclamó: ¡cochero! este hombre ha equivocado el camino; ¿nos ha traído usted al yermo ó á España? — Señor, dijo el cochero, si Alava está en España, en España debemos de estar. — Vaya, poca conversacion, dijo el padre, cansado ya de admiraciones y asombros: conmigo es con quien se las ha de haber usted, señor viajero. — ¡Con usted, padre! ¿y qué puede tener que mandarme su reverencia? Mire que yo vengo confesado desde Bayona, y de allá aqui maldito si tuvimos ocasion de pecar, ni aun venialmente, mi compañero y yo, como no sea pecado viajar por estas tierras. — Calle, dijo el padre, y mejor para su alma. En nombre del Padre, y del Hijo... — ¡Ay Dios mio! exclamó el viajero, erizados los cabellos, que han creído en este pueblo que traemos los malos y nos conjuran. — Y del Espíritu Santo, prosiguió el padre; apéense, y hablaremos. — Aqui empezaron á aparecerse algunos facciosos y alborotados, con un Carlos V cada uno en el sombrero por escarapela.

Nada entendia á todo eso el francés del diálogo; pero bien presumia que podia ser negocio de puertas. Apeáronse, pues, y no bien hubo visto el francés á los padres interrogadores, — ¡Cáspita! dijo en su lengua, que no sé como lo dijo, ¡y qué uniforme tan incómodo traen en España las gentes del resguardo, y qué sanos estan, y qué bien portados! Nunca hubiera hablado en su lengua el pobre francés. — ¡Contrabando! clamó uno; contrabando, clamó otro; y contrabando fué repitiéndose de fila en fila. Bien como cae una gota de agua en el aceite hirviendo de una sartén puesta á la lumbre, álzase el líquido hervidor, y bulle, y salta, y levanta

llama, y chilla, y chisporrotea, y cae en el hogar, y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansando junto al rescoldo dormia, quémanse los chicos, y la casa es un infierno; así se alborotó, y quemó, y se espeluznó y chilló la retaila de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del extranjero desdichado.

— Mejor es ahorcarle, decia uno, y servia el español al francés de truchiman. — ¡Cómo ha de ser mejor! exclamaba el infeliz. — Conforme, reponia uno; verémos. — ¿Qué hemos de ver, clamaba otra voz, sino que es francés?

Calmóse, en fin, la zalagarda; metieronlos con los equipages en una casa, y el español creia que soñaba, y que luchaba con una de aquellas pesadillas en que uno se figura haber caído en poder de osos, ó en el país de los caballos, ó Houinhoins, como Gulliver.

Figúrese el lector una sala llena de cofres y maletas, provisiones de comer, barriles de escabeche y botellas, repartidas aqui y alli, como suelen verse en las muestras de las lonjas de ultramarinos. ¡Ya se ve! era la intendencia. Dos monacillos hacian en la antesala con dos voluntarios facciosos el servicio que suelen hacer los porteros de estrado en ciertas casas, y un robusto sacristan, que debia de ser el portero de golpe, los introdujo. Varios carlistas y padres registraban allí las maletas, que no parecia sino que buscaban pecados por entre los pliegues de las camisas, y otros varios viajeros, tan asombrados como los nuestros, se hacian cruces como si vieran al diablo. Allá en un bufete, un padre mas reverendo que los demas, comenzó á interrogar á los recién llegados.

— ¿Quién es usted? le dijo al francés, y el francés callado, que no entendia. Pidiósele entonces el pasaporte.

— ¡Pues! francés, dijo el padre. ¿Quién ha dado este pasaporte?

— S. M. Luis Felipe, rey de los franceses.

— ¿Quién es ese rey? Nosotros no conocemos á la Francia, ni á ese don Luis. Por consiguiente, este papel no vale. ¡Mire usted, añadió entre dientes, si no habrá algun sacerdote en todo Paris que pueda dar un pasaporte, y no que nos vienen ahora con papeles mojados!!!

— ¿A qué viene usted?

— A estudiar este hermoso país, contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo.

— ¿A estudiar? ¿eh? Apunte usted, secretario: estas gentes vienen á estudiar: me parece que los enviaremos al tribunal de Logroño.

— ¿Qué trae usted en la maleta? Libros... pues... *Recherches sur... al sur* ¿eh? este *Recherches* será algun autor de marina: al-

gun herejote. Vayan los libros á la lumbre. ¿Qué mas? ¡Ah! una partida de relojes; á ver... *London*... ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto?

— Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.

De comiso, dijo el padre, y al decir *de comiso*, cada circunstancia cogió un reloj, y metióselo en la faltriquera. Es fama que hubo alguno que adelantó la hora del suyo para que llegase mas pronto la del refectorio.

— Pero, señor, dijo el francés, yo no los traía para usted...

— Pues nosotros los tomamos para nosotros.

— ¿Está prohibido en España saber la hora que es? preguntó el francés al español.

— Calle, dijo el padre, sino quiere que se le exorcice, y aquí le echó la bendición por si acaso. Aturdido estaba el francés, y mas aturdido el español.

Habíanle entre tanto desvalijado á este dos de los facciosos, que con los padres estaban, hasta del bolsillo, con mas, tres mil reales que en él traía.

— ¿Y usted, señor de acá? le preguntaron de allí á poco, ¿qué es? ¿quién es?

— Soy español, y me llamo don Juan Fernandez.

— Para servir á Dios, dijo el padre.

— Y á S. M. la reina nuestra señora, añadió muy cumplido y satisfecho el español.

— *A la cárcel*, gritó una voz; *á la cárcel*, gritaron mil.

— Pero, señor, ¿porqué?

— ¿No sabe usted, señor revolucionario, que aquí no hay mas reina que el señor don Carlos V que felizmente gobierna la monarquía sin oposicion ninguna?

— ¡Ah! yo no sabia...

— Pues sépalo, y confíeselo, y...

— Sé y confieso, y... dijo el amedrentado dando diente con diente.

— ¿Y qué pasaporte trae? Tambien francés... Repare usted, padre secretario, que estos pasaportes traen la fecha del año 1833. ¿Qué de prisa han vivido estas gentes!

— ¿Pues no es el año en que estamos? ¡pesi á mí! dijo Fernandez, que estaba ya á punto de volverse loco.

— En Vitoria, dijo enfadado el padre, dando un porrazo en la mesa, estamos en el año primero de la cristiandad, y cuidado con pasarme de aquí.

— ¡Santo Dios! en el año primero de la cristiandad. ¿Con qué todavía no hemos nacido ninguno de los que aquí estamos? exclamó para sí el español. ¡Pues vive Dios que esto va largo! — Aquí se acabó de convencer, así como el francés, de que se habia vuelto loco, y lloraba el hombre y andaba pidiendo su juicio á todos los santos del Paraiso.

— Tuvieron su club secreto los facciosos y los padres, y decidieronse por dejar pasar á los viajeros: no dice la historia porqué; pero se susurra que hubo quien dijo, que si bien ellos no reconocian á Luis Felipe, ni le reconocerian jamas, podria ocurrir que quisiera Luis Felipe venir á reconocerlos á ellos, y por quitarse de encima la molestia de esta visita, dijeron que pasasen, mas no con sus pasaportes, que eran nulos evidentemente por las razones dichas.

Dijoles, pues, el que hacia cabeza sin tenerla: Supuesto que ustedes van á la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Alava, vayan en buen hora, y cárguenlo sobre su conciencia. El gobierno de esta gran nacion no quiere detener á nadie; pero les daremos pasaportes válidos: estendióseles en seguida un pasaporte en la forma siguiente:

†

AÑO PRIMERO DE LA CRISTIANDAD.

NOS Fr. Pedro Jimenez Vaca. — Concedo libre y seguro pasaporte á don Juan Fernandez, de profesion católico, apostólico y romano, que pasa á la villa revolucionaria de Madrid á diligencias propias: deja asegurada su conducta de catolicismo.

— Yo, ademas, que soy padre intendente, habilitado por la Junta suprema de Vitoria, en nombre de S. M. el emperador Carlos V, y el padre administrador de correos que está ahí aguardando el correo de Madrid, para despacharlo á su modo, y el padre capitán del resguardo, y el padre gobierno que está allí durmiendo en aquel rincon, por quitarnos de quebraderos de cabeza con la Francia, quedamos fiadores de la conducta de catolicismo de usted; y como no somos capaces de robar á nadie, tome usted, señor Fernandez, sus tres mil reales en esas doce onzas de oro, que es cuenta cabal, y se las dió el padre efectivamente.

Tomó Fernandez las doce onzas, y no estrañó que en un pais donde cada mil ocho cientos treinta y tres años no hacen mas que uno, doce onzas hagan tres mil reales.

Dicho esto, y hecha la despedida del padre prior, y del desgobernador gobierno que dormia, llegó la mala de Francia, y en espurgar la pública correspondencia, y en hacernos el favor de leer por nosotros nuestras cartas, quedaba aquella nacion poderosa y monástica ocupada á la salida de entrambos viajeros, que hácia Madrid se venian; no acabando de comprender si estaban real y efectivamente en este mundo, ó si habian muerto en la última posada sin haberlo echado de ver; que así lo contaron en llegando á la revolucionaria villa de Madrid, añadiendo que por allí *nadie pasa sin hablar al portero*.

IV.

LA JUNTA DE CASTEL-O-BRANCO.

(Revista española, número 120, 19 de noviembre de 1833.)

No hay cosa como una Junta, si se trata sobre todo de juntarse aquellos á quienes Dios crió. Podrán no hacer nada las gentes en una Junta, podrán no tener nada que hacer tampoco, pero nada es mas necesario que una Junta: así que, lo mismo es nacer un partido, pónenle al momento en Junta como lo habian de poner en nodriza, y no bien abre los ojos á la luz se encuentra ya juntado, que no es poca ventaja. La Junta, pues, es el precursor de un partido por lo regular, y esta clase de Juntas andan siempre por esos caminos interceptando, ó interceptadas, cuando no estan fuera del reino tomando aires, ó tomando las de Villadiego, que de todo toman las Juntas.

La que en el dia llama nuestra atencion es la de Castel-o-Branco. Empezaria á anoecer en Castel-o-Branco, y poníase por consiguiente oscuro el horizonte, cuando acertó á pasar por allí un español de estos sanos de los del siglo pasado, y que poco ó nada se curan del gobierno; de estos que dicen: á mi siempre me han de gobernar, tómelo por donde quiera. A qué iba el español á Castel-o-Branco, eso seria averiguacion para mas despacio. Baste saber que iba y que ya llegaba, cuando se halló detenido en medio de su camino por un portugués, que con voz descompuesta y cara de causa perdida: «Casteçao, le dijo, ¿es vasallo deu senhor emperante Carlos V? ¿Vien de Castella?» — Entendíasele un poco mas al castellano de gallego que de achaque de gobiernos, y con voz reposada y tranquilo continente: «Yo no sé de quién soy vasallo, contestó, ni me urge saberlo, sino que voy á mis negocios: yo ni pongo rey, ni quito rey: quien anda el camino tenga cuidado...» Enfadábase ya el portugués, y era cosa temible. Conociólo el labriego, y antes de que echase la casa por la ventana, si bien allí no habia casa ni ventana: «No se enfade vuestra merced, señor portugués, le dijo, que yo siempre seré vasallo de quien mande; sabido es que yo y los míos nunca descomponemos partido. ¿Pero quién es mi rey en esta tierra? — Eu senhor Carlos V. — Vaya, sea en hora buena, contestó el castellano, porque yo por ahí atras me dejaba reinando á mi señora la reina... — ¡Casteçao! — No se enfade vuestra merced... y de allí á poco entraban ya compadres por el pueblo el portugués de la mala cara y el español de las buenas palabras.

Pocos pasos habrian andado, cuando se esparció la noticia por todo Castel-o-Branco de como habia llegado un vasallo de S. M. I. Es de advertir que como todos los dias no tiene S. M. I. proporcion de ver un vasallo suyo, porque andan para él los vasallos por las nubes, decidióse lo que era natural y estaba en el orden de

las cosas; y fué, que así como un pueblo de vasallos suele solemnizar la entrada de un rey, así pareció justo que un pueblo de reyes solemnizase la entrada de un vasallo. Echáronse, pues, á vuelo las campanas: con este motivo hubo quien dijo: *principio quieren las cosas*, y quien añadió: *que el reinar no quiere mas que empezar*. Digo, pues, que se echaron á vuelo las campanas, y el labriego se aturdia; verdad es que el ruido no era para menos.

— ¿Qué fiesta es mañana? preguntaba el buen hombre.

— Festejase la llegada de vuestra merced, señor casteçao.

— ¿Mi llegada? ¡Vea usted qué diferencia! Allí en España nunca festejó nadie mis idas y mis venidas, y eso que siempre anduve de ceca en meca; ya veo que en este país se ocupan mas en cada uno...

En estos y otros propósitos entretenidos, llegaron á una casa que tenia una gran muestra, donde en letras muy gordas decia:

JUNTA SUPREMA DE GOBIERNO

De todas las Españas, con mas sus Indias.

No quisiera entrar el labrador; pero hizole fuerza el portugués. Agachó, pues, la cabeza, y hallóse de escalon en escalon en una sala grande como un reino, si se tiene presente que allí los reinos son como salas.

Hallábase la tal sala alhajada á la espartana, porque estaba desnuda: en torno yacian los señores de la Junta sentados, pero mal sentados; sea dicho en honor de la verdad. Luces habia pocas y mortecinas. Un mal espejo les servia para dos fines; para verse muchos siendo pocos, y consolar de esta manera el ánimo afligido, y para decirse de cuando en cuando unos á otros: «Mírese S. E. en ese espejo,» porque es de advertir, que se daban todos unos á otros dos cosas, á saber: las buenas noches y la escelencia.

Portero no habia; verdad es que tampoco habia puertas, por ser la casa de estas malas de lugar, que, ó no las tienen, ó las tienen que no cierran. Una mala mesa en medio, y un mal secretario, eran los muebles que componian todo el ajuar.

No sé donde he leído yo que en cierta tierra de indios el congreso supremo de la tribu se reúne para deliberar en grandes cántaros de agua fresca, donde se sumergen desnudos sus individuos, dejando solo fuera del cántaro la cabeza para deliberar. No se puede negar que existe gran semejanza entre la Junta de Castel-o-Branco y el congreso de los cántaros, y que los carlistas que componen la una y los salvages que forman el otro estan igualmente frescos.

Dominaba en el testero de la sala de Juntas el tesorero general del Pretendiente don Matias Jarana, porque en tiempos de apuro el que tiene el dinero es el empleado principal; el cual sino era gran tesorero, era gran canónigo. Dicho esto, me parece escusado

detenemos mucho en describirle; estamos seguros de que el inteligente lector se lo habrá figurado ya tal como era. Oprimía á su lado el ministro de hacienda una mala banqueta, que gemía no tanto por el noble peso que sostenía, como por el mal estado en que se encontraba. Tambaleábase por consiguiente S. E. á cada momento: figurósele al labriego temblor el movimiento oscilante de S. E., pero está averiguado que era el mal asiento. Flaco, seco, y con cara de contradicción, hacia de notario de reinos don Jorge Ganza, que lo había sido de Coria.

Veíase á otra parte de pie, y en actitud de huir á la primera orden, á un cabo del resguardo, partidario que fué del año 23. Representaba este al ministro de la guerra, y llamábase Cuadrado, además de serlo.

Un dependiente del cabildo de Coria y dos personajes mas, en calidad de consejeros supremos de la Junta, hacían como que meditaban, por el buen parecer, en un rincón de la sala.

Indecible fué la alegría de la Junta suprema cuando el portugués hubo presentado á nuestro pobre labriego en calidad de vasallo de S. M. I.

— Escelentísimos señores, exclamó el señor tesorero en altas voces, reconozcamos en ese vasallo el dedo del Señor: ya ha llegado el día del triunfo de S. M. I., y ha llegado al mismo tiempo un vasallo: todo ha llegado. Opino que en vista de esta novedad deliberemos.

— En cuanto á lo de deliberar, dijo entonces el señor notario, recuerdo al señor presidente que esto es una Junta...

— No me acordaba, dijo entonces el presidente; nótese que esta es la primera Junta de que tengo el honor de ser individuo.

— Se conoce, añadió el notario; y lo apuntó en el acta. — Hable, pues, si sabe y si tiene de qué el excelentísimo señor ministro de hacienda. — Dispiértele usted, dijo entonces el presidente al portugués que hacia de ugier, dispiértele usted, pues parece que S. E. duerme.

Llegóse el portugués á S. E., que efectivamente dormía, y díjole en su lengua: — No haga caso S. E. de que está en Junta, que es llegado el momento de hablar. — Soñaba á la sazón S. E. que se le venían encima todos los ejércitos de la reina, y volviendo en sí de su pesadilla con dificultad:

— ¿Hablo yo? dijo; vamos á ver. Las mejoras, pues, aunque no nos toque el decirlo, las mejoras...

— Al orden, al orden, interrumpió el presidente: ¿qué es eso de mejoras?

— Soñaba que estábamos en España, contestó S. E. turbado. Perdónela Junta. Por consiguiente hable otro, que yo no estoy para el paso. Mi intermisión por otra parte no urge. Mi ministerio...

— Escelentísimo señor, dijo el presidente, cierto; pero acaba de llegar...

— ¿Ha llegado la hacienda, ha llegado mi ministerio? preguntó azorado el señor Tallarin, buscando con los ojos por todas partes si llegaría á ver un peso duro...

— Todavía no; pero...

— ¡Ah! pues entonces, repuso el ministro, repito que no corro prisa; y volviéndose en la banqueta y hácia el portugués: Aviseme usted, señor don Ambrosio de Castro y Pajarez, Almendrudo, Oliveira y Caraballo de Alburquerque y Santaren, en cuanto llegue la hacienda. Dicho esto, volvió S. E. á anudar el roto hilo de su feliz ensueño, donde es fama que soñó que era efectivamente ministro.

— Yo hab... b... blaré, dijo entonces uno de los consejeros supremos que era tartamudo, yo hablaré que he s... s... s... ido por... pr... pr... pro... curador...

— Mejor será que no hable nadie, dijo entonces el notario al oído del presidente, si ha de hablar el señor...

— Di... di... dice bien el señor not... notario, dijo entonces el consejero, sentándose, p... p... por... porque no acabáramos nunca.

— Pido la palabra, dijo el que estaba á su lado.

— ¿Quién diablos se la ha de dar á V. E., dijo entonces el presidente amoscado, si nadie la tiene?

— Recuerdo á S. E., dijo el notario, que en el orden del gobierno de S. M. I. no se puede pedir la palabra, y que es frase mal sonante: ó hablar de pronto, ó no hablar.

— Si el señor Cuadrado no está para hablar, dijo entonces el presidente, nos iremos á casa.

— Mas estoy para obrar que para hablar, contestó S. E.; pero fuerza será, pues no hay quien hable. Digo en primer lugar que yo no doy un paso mas adelante, sino se conviene en presentar mañana á la firma de S. M. I. un decreto... ¿Eh?

— Adelante.

— Bueno. Y declaro como fiel y obediente vasallo de S. M. I. el señor Carlos V, por quien derramaré desinteresadamente hasta la primera gota de mi sangre, que no sigo en el partido si S. M. no lo firma.

— Mal pudiera oponerse la Junta á tanta generosidad.

— Propongo, pues, continuó el excelentísimo señor cabo, ministro de la guerra, el siguiente decreto que traigo para la firma. «Yo, don Carlos V, por la gracia del reverendísimo padre Vaca y del excelentísimo señor Cuadrado, emperador de, etc., etc. (Aquí los reinos todos.) Sin entrar en razones quiero y mando que queden suprimidos los carabineros de costas y fronteras, y se reorganice el antiguo resguardo: quedando todos los fondos á disposición del excelentísimo señor Cuadrado. — Yo el emperador. — Al ministro de la guerra Cuadrado.» — Y por el pronto será del resguardo el señor vasallo que está presente, encargado por ahora,

y hasta que haya mas, de obedecer las órdenes del gobierno.

— Alto, dijo al llegar aquí el señor canónigo presidente, que yo traigo tambien mi decreto, y dice así el borron *mutatis mutandis*.

(No hemos podido haber á las manos ninguna copia de este borron por mas esquisitas diligencias que hemos practicado; pero ya se deja inferir poco mas ó menos su tenor. ¡Válgame Dios, y qué cosas se pierden en este mundo!)

Anotó el notario en el acta el segundo decreto, y pasó á proponer el siguiente que acababa de redactar como ministro de gracia y justicia. Dejando aparte la gracia y la justicia, decia así el borron :

« Artículo 1º. En atencion á la tranquilidad con que posee y gobierna S. M. I. el señor don Carlos V estos sus reinos, todos los que las presentes vieren y entendieren, se entusiasmarán espontáneamente y se llenarán de sincera y voluntaria alegría, pena de la vida, en cuanto llegue á su noticia este decreto : debiendo durar el entusiasmo tres dias consecutivos sin intermision, desde las seis de la mañana en punto, en que empezará, hasta las diez de la noche por lo menos, en que podrá quedarse cada cual sereno.

Art. 2º. No pudiendo concebir la Junta suprema de Castel-o-Branco el abuso de las Luces introducido en estos reinos de algun tiempo á esta parte, suprime y da por nulas todas las iluminaciones encendidas y por encender, en atencion á que solo sirven para deslumbrar las mas veces á sus amados vasallos : y manda que no se solemnice ninguna victoria, aunque la llegara á lograr algun dia casualmente, con esa especie de regocijo, en que nadie se divierte sino los cosecheros de aceite.

Art. 3º. Quedan prohibidas como perjudiciales todas las mejoras hechas, debiendo considerarse nula cualquiera que se hiciere sin querer, pues queriendo no se hará.

Art. 4º. Convencida la Junta de que nada se saca de las escuelas, sino ruido y que se calienten la cabeza los hijos de los amados vasallos del señor don Carlos V, quedan cerradas las que hubiese abiertas : debiendo olvidar cada vecino en el término improrogable de tres dias, contados desde la fecha, lo poco ó mucho que supiese, sopena de tenerlo que olvidar donde menos le con venga.

Art. 5º. Siendo de algun modo necesario hacerse con vasallos para ser obedecido de alguien, la Junta suprema perdona é indulta á todos los españoles que hubiesen obedecido á la reina gobernadora, si bien reservándose, para cuando los tenga debajo, el derecho de castigarlos entonces uno á uno ó *in solidum* como mejor le plazca.

Art. 6º. No siendo regular que el supremo gobierno se esponga al menor percance, tanto mas cuanto que hay en España, segun parece, españoles que se hacen matar por su señor Carlos V, sin meterse á averiguar si S. M. y sus adláteres pasan como ellos

trabajos, y dan su cara al enemigo, ó si esperan descansadamente jugando á las bochas ó al gobierno, á que se lo den todo hecho á costa de su sangre para agradecérselo despues como es costumbre de caballeros pretendientes, es decir, á coces; la Junta suprema y el gobierno de S. M. I. permanecerán en Castel-o-Branco; tanto mas cuanto que hay en Portugal muy buenos vinos y otras bagatelas precisas para la sustentacion de sus desinteresados individuos; y solo entrará en España, si entra, á recibir enhorabuenas y dar fajas y bastones á los principales facciosos y cabecillas, que para lograrlos pelean desinteresadamente por el señor Carlos V, y bastonazos á los demas. »

¡Viva! ¡viva! exclamó al llegar aquí toda la junta, y es fama que despertó entonces el ministro de hacienda, y aun hay quien añade que echó un cigarro á pesar del mal estado de su ministerio.

Temblaba á todo esto el buen labriego, pues ya habia caído él en la cuenta de que si todos aquellos señores habian de mandar, y no habia otro sino él por allí que obedeciese, era la partida mas que desigual. Calculando, pues, que un pueblo donde no habia mas que la justicia y él, él habia de ser forzosamente el ajusticiado, andaba buscando arbitrios para escaparse del poder de la Junta; la cual así pensaba en soltarle como quien lo consideraba en aquellos momentos un cacho de la apetecida España, que la Providencia tiene guardada felizmente para mas altos fines.

Pero Dios, que no se olvida nunca de los suyos, aunque ellos se olviden de él, lo habia dispuesto de otro modo : no bien se habia leído el último renglon del decreto del notario, cuando se oyó en la calle un espantable ruido. — Estos son tiros, exclamó Cuadrado, que era el único que alguna vez los habia oído desde lejos. — ¡Tiros! dijo el presidente : ¿á que estamos ganando una batalla sin saber una palabra?...

— No corremos ese riesgo, entró gritando el portugués : sálvense vuestras escelencias, sálvense : aquí quedo yo, que soy portugués y basto para cien casteços. — Os perdono, dijo entonces volviéndose á los que ya entraban, os perdono, casteços : daos, que no os quiero matar.

Pero ya en esto diez y nueve robustos contrabandistas habian entrado á dar sus diez y nueve votos en la Junta, y echándose cada uno un argumento á la cara : ¡Viva Isabel II! dijeron. Haciase cruces el presidente, escondiase debajo de la banqueta el escelentísimo señor ministro de hacienda, tapaba el notario de reinos el acta, no salia el tartamudo de la *p...* inicial de perdon, y hacian los demas un acto de atricion con mas miedo del infierno, que amor de Dios. El labriego solo era el que bendecia su estrella, y quien echando mano de un cordel que para otros usos traia, dispuso á la Junta en forma de trailla; la cual en la misma y mas custodiada que tabaco en rama, por los diez y nueve votos de contrabando que ha-

bian levantado la sesión, se entró por los términos de España, á las voces del portugués, que casi desde Castel-o-Branco les gritaba todavía en mal castellano : « No tenham miedo vuestras escelencias, aunque los aforquen los casteços ; que yo, en acabando de pelear aqui por S. M. don Miguel I, que es cosa pronta, he de pasar la raya ; y ó me llevo allá el emperador Carlos V, ó me traigo acá á Castilla. »

V.

EL HOMBRE-GLOBO.

(Revista española, número 9, 9 de marzo de 1835.)

La física ha clasificado los cuerpos, según el estado en que los pone el mayor ó menor grado de calórico que contienen, en sólidos, líquidos, y gaseosos. Así el agua es sólido en el estado de hielo, líquido en el de fluidez, y gas en el de ebulición. Es ley general de los cuerpos la gravedad, ó la atracción que ejerce sobre ellos el centro común ; es natural que esta atracción se ejerza más fuertemente en los que reúnen en menor espacio mayor cantidad de las moléculas que los componen ; que estos por consiguiente tengan más gravedad específica, y ocupen el puesto más inmediato al centro. Así es, que en la escala de las posiciones de los cuerpos, los sólidos ocupan el puesto inferior, los líquidos el intermedio, y los gaseosos el superior. Una piedra busca el fondo de un río ; un gas busca la parte superior de la atmósfera. Cada cuerpo está en continuo movimiento para obedecer á la ley que le obliga á buscar el puesto, variable, que corresponde al grado de intensidad que adquiere ó que pierde. La nube, conforme se condensa, baja, y cuando se liquida, cae ; este mismo cuerpo puesto al fuego, se dilata, y cuando se evapora y gasifica, sube.

No trato de instalar un curso de física, lo uno porque dudo si tengo la bastante para mí, y lo otro porque estoy persuadido de que mis lectores saben de ella más que yo ; no hago más que sentar una base de donde partir.

Igual clasificación á esta que ha hecho la ciencia de los fenómenos en los cuerpos en general, se puede hacer de los hombres en particular. Probemos.

Hay hombres sólidos, líquidos, y gaseosos. El hombre sólido es ese hombre compacto, recogido, obtuso, que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana, de la cual no puede desprenderse jamás. Solo el contacto de la tierra puede sostener su vida ; es el Anteo moderno, y usando de un nombre atrevido, el *hombre-raíz*, el *hombre-patata* : arrancado el terrón que le cubre, deja de ser lo que es. Es el sólido de los sólidos. Toda la ausencia posible de calórico le mantiene en un estado tal de condensación, que ocupa en el espacio el menor sitio posible ; gravita estraordi-

nariamente ; empuja casi hácia abajo el suelo que le sostiene ; está con él en continua lucha, y le vence y le hunde. Le conocerán ustedes á legua : su frente achatada se inclina al suelo, su cuerpo está encorvado, su propio pelo le abruma ; sus ojos no tienen objeto fijo, ven sin mirar, y en consecuencia no ven nada claro. Cuando una causa, ajena de él, le conmueve, produce un son confuso, bárbaro y profundo, como él de las masas enormes, que se desprenden en el momento del deshielo en las regiones polares. Y como en la naturaleza no falta nunca, ni en el hielo, cierto grado de calórico, él también tiene su alma particular ; es su grado de calórico ; pero tan poco cosa, que no desprende luz ; es un fuego fatuo entre otros fuegos fatuos ; sirve para confundirle y estraviarle más ; el *hombre-sólido*, por lo tanto en religión, en política, en todo, no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará ; un caos de fanatismo, de credulidad, de errores. No es siquiera la linterna apagada ; es la linterna que nunca se ha encendido, que jamás se encenderá : falta dentro el combustible. El *hombre-sólido* cubre la faz de la tierra ; es la costra del mundo. Es la base de la humanidad, del edificio social. Como la tierra sostiene todos los demás cuerpos, á los cuales impide que se precipiten al centro, así el *hombre-sólido* sostiene á los demás que se mantienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto ; en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciocina, no obra, sino sirve. Sin *hombres-sólidos* no habría tiranos ; y como aquellos son eternos, estos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo, á quien se fascina, sobre el cual se pisa ; se anda, se sube : cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entonces dicen que abre los ojos. Es un error. Tanto valdría llamar ojos de la tierra á las grietas que produce un volcán. Ni más ni menos que una piedra, no se mueve de su sitio si no le dan un empujón ; de la aldea donde nació (si es que el *hombre-sólido* nace ; yo creo que al nacer no hace más que variar de forma) ; del café donde le pusieron á servir sorbetes ; del callejón donde limpia botas ; del buque donde carga las velas ó les toma rizos ; del regimiento donde dispara tiros ; de la cocina donde adereza manjares ; de la esquina donde carga baules ; de la calle donde barra escorias ; de la máquina donde teje medias ; del molino donde hace harina ; de la reja con que separa terrones. Es el primer instrumento adherido siempre á los demás instrumentos.

El *hombre-líquido* fluye, corre, varía de posición ; vuela á ocupar el vacío, tiene ya mayor grado de calórico ; serpentea de continuo encima del *hombre-sólido*, y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelca, le ahoga. En momentos de revolución él es el empujado ; pero se amontona, sale de su cauce, y como el torrente que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo aumentando su propia fuerza con las masas de *hombre-sólido* que lleva consigo. Pero